



Arxiu històric FUNDACIÓ JAUME BOFILL

# Problemas epistemológicos de la psicología

Tomàs Ibañez

JUNY 1987

FUNDACIÓ  
*Fundació*  
JAUME  
*Jaume*  
BOFILL  
*Bofill*

El momento histórico en el que nos hallamos se muestra extraordinariamente propicio para proceder a una profunda reconsideración crítica del quehacer de las ciencias psicológicas y sociales, y para trabajar en la construcción de nuevas orientaciones. Nos encontramos efectivamente en la conjunción de tres condiciones que se potencian entre sí para propiciar una serie de aproximaciones críticas e innovadoras.

En primer lugar vemos como se van multiplicando, adquiriendo fuerza y seguridad, las voces que propugnan acabar con la ruptura entre ciencia y filosofía impuesta por el pensamiento positivista, la separación entre ciencia y filosofía ha sido aceptada largo tiempo por el pensamiento moderno como uno de los dogmas inquebrantables de la cientificidad. Hoy esta exigencia parece insostenible tanto en el plano normativo como en el plano de los hechos. En el plano normativo no existen ya argumentos convincentes de que tal separación sea deseable y redunde en beneficio de un mejor quehacer científico. En el plano de los hechos es por lo menos dudoso que la separación entre ciencia y filosofía se haya dado jamás. Lo que sí ha existido ha sido una ciencia impregnada por una filosofía bien determinada, es decir por la filosofía de la necesaria ruptura entre ciencia y filosofía, con múltiples consecuencias, a todas luces negativas, sobre el pensamiento y también sobre las estructuras, las relaciones y las prácticas sociales.

En segundo lugar, estamos asistiendo desde hace algún tiempo al lento desmoronamiento del imponente edificio científico construido sobre unos cimientos galileo-newtonianos que parecían invulnerables. Todos los elementos constituyentes de la Razón científica moderna han sido puestos en tela de juicio uno tras otro minando profundamente la confianza que se tenía en la objetividad del saber científico instituido, en el carácter atemporal de las verdades científicamente construidas o en la segura fundamentación de la propia Razón científica. Curiosamente, las embestidas no han sido protagonizadas por los defensores del irracionalismo o del pensamiento supra o anti científico, sino que han surgido desde dentro de la propia actividad

científica y como consecuencia del propio desarrollo del conocimiento científico,

En tercer lugar, nos encontramos en un momento en que ya es suficiente el tiempo transcurrido desde que se inició la andadura de las ciencias psicológicas y sociales, para que no se pueda seguir achacando, con toda buena fe, la falta de logros sustanciales a la excesiva juventud de dichas ciencias, acallando de esta forma las voces críticas,

En teoría existen, por lo tanto, excelentes condiciones para articular una reflexión epistemológica radical, pero en la práctica esta reflexión tropieza con fortísimas resistencias cuyas razones de ser parecen bastante obvias. La fe de los conversos y la prudencia de los dominados se unen en este caso para dificultar las tentativas críticas. En efecto, las ciencias psicológicas y sociales han tenido que luchar denodadamente para que se las reconociera un lugar entre las ciencias, prodigándose en constantes esfuerzos para adecuarse a las exigencias del Método científico. Se tomó prestado un modelo ofrecido por las poderosas ciencias naturales, se dieron constantes muestras de vasallaje al mismo, y se hicieron los sacrificios necesarios para adaptarse a él, recogiendo con ello algunas migajas de reconocimiento científico. ¿Cómo admitir después de todo esto que uno estaba probablemente equivocado? Además, la psicología social nos ha enseñado con su teoría de la Disonancia Cognitiva que cuanto más costosa resulta la admisión dentro de un grupo, en este caso la admisión dentro de la Institución Científica, más se valoran las características del grupo...

Pese a esas resistencias es hora de admitir que las ciencias psicológicas y sociales han cometido una enorme equivocación aceptando el monismo metodológico y sometiéndose a sus exigencias. No es cierto que la cientificidad del conocimiento encuentre su fundamentación en la aplicación escrupulosa del Método Científico que tan magníficos resultados ha dado para tratar algunos, pero solo algunos, de los objetos propios de las ciencias naturales. No es cierto que el conocimiento producido por la actividad científica tenga las mismas características, independientemente de la naturaleza del objeto tratado, siempre que se trate adecuadamente ese objeto con ayuda del

Método Científico. Lo que ha ocurrido en ciencias psicológicas y sociales constituye una clara evidencia de lo contrario. Veamos sino cual es la situación de la psicología social, disciplina a la que me ceñiré por conocerla mejor, tras casi un siglo de fidelidad al Método Científico.

Los conocimientos producidos por la psicología social carecen en buena medida de propiedades acumulativas, incluso cuando se organizan dentro de un mismo micro-paradigma. No es que el conocimiento alcanzado no sea cada vez más rico y más extenso, puesto que no se formula en la ignorancia de los resultados producidos con anterioridad, es que la relación existente entre conocimientos sucesivos no obedece a nada que se parezca a una regla de aditividad. Se trata de conocimientos que guardan por supuesto una relación entre sí, pero que no están en prolongación unos de otros contrariamente a lo que ha acontecido cuando el Método Científico se ha aplicado a ciertos objetos de las ciencias naturales. Así, por ejemplo, se conoce cada vez mejor el fenómeno del liderazgo, pero ninguna teoría sobre liderazgo se constituye integrando todo el saber producido desde las teorías anteriores aunque dicho saber siga considerándose válido. Por otra parte, es un hecho que las teorías psicosociales son, en buena medida, incommensurables. No existe un criterio común, un mismo patrón de medida que permita comparar entre sí dos teorías que pretendan explicar la misma realidad o el mismo fenómeno. Las predicciones que se formulan a partir de ellas no permiten descartar unas teorías en beneficio de otras. La base interpretativa de los resultados es demasiado amplia para que ni siquiera tenga sentido pensar en términos de experimentos cruciales. Por si esto fuese poco, debemos reconocer además que el saber psicosocial no es falsable. Son demasiadas las hipótesis auxiliares presentes en toda teoría, incluso si se trata de una teoría de corto alcance, para saber qué es lo que realmente falla cuando una teoría sufre una contradicción factual. Por fin, en ciencias naturales, el conocimiento científico no repercute sobre el objeto conocido (aunque las condiciones de producción de ese saber puedan incidir, en ciertos casos, sobre el objeto), pero el conocimiento de lo social revierte sin embargo sobre lo social, de forma ineludible y con consecuencias que no solo afectan al objeto investigado, modificándolo y no ya debido a las operaciones que se aplican sobre él para conocerlo, efecto este que puede ser más o menos

neutralizado con la ayuda de técnicas no reactivas, sino como resultado del propio saber producido sobre él.

Los objetos propios de la psicología social son distintos de los objetos abordados con éxito por el Método Científico de corte positivista (y que solo constituyen una mínima parte de los objetos llamados "naturales") y deben ser tratados desde otros supuestos epistemológicos y metodológicos. Para ello, es preciso abandonar algunos de los dogmas que se han revelado insostenibles, incluso en el campo de las ciencias naturales; el observabilismo, el simplismo y el objetivismo.

a) El observabilismo. Una cosa es afirmar la importancia que tiene el disponer de datos empíricos, cosa de la que nadie, con dos dedos de frente, se atrevería a dudar un solo instante, y otras cosas muy distintas son las afirmaciones que caracterizan el observabilismo y según las cuales:

1) sólo se puede hacer ciencia de lo observable, [Con lo cual se descalifica, por ejemplo, a quienes investigan sobre la consciencia, o sobre las intenciones pero también a quienes investigan sobre los quarks].

2) los observables constituyen absolutos incuestionables (los hechos son lo que son y no hay vuelta de hoja), [Con lo cual se pasa por alto que los observables son relativos (y por lo tanto cambiantes) dependiendo de las teorías y de los instrumentos que los iluminan para que, precisamente, puedan ser observables].

3) el incremento de datos empíricos (observables) que confirman una teoría, o una ley, incrementan la veracidad de esa teoría o de esa ley, [Con lo cual se comete la clásica falacia inductivista, magníficamente ridiculizada por Popper].

4) las entidades teóricas y las entidades empíricas constituyen categorías absolutamente distintas, [Con lo cual se desemboca en las aporías que han llevado el empirismo lógico a la quiebra].

Esas afirmaciones, hoy por hoy insostenibles, han tenido consecuencias muy precisas para la psicología social; han favorecido el ritualismo metodológico (cuantos más datos y más precisos mejor),

han justificado la exclusión de ciertos fenómenos difícilmente observables pero tremendamente importantes, han descalificado el esfuerzo meramente teórico relegándolo a un rango inferior respecto a la investigación empírica.

b) El simplismo. Es decir, la afirmación según la cual los fenómenos complejos están siempre constituidos por elementos más simples en los que se pueden descomponer, y la creencia según la cual el conocimiento de un fenómeno complejo se puede (y se debe) construir por recomposición de los diversos conocimientos obtenidos sobre sus componentes simples. Esta afirmación y esta creencia pasan por alto el hecho de que el grado de complejidad de un fenómeno no es una cuestión de nivel de análisis, es decir, que no disminuye por el hecho de fragmentar el fenómeno y focalizar el análisis sobre unidades más reducidas y también pasa por alto el hecho de que los *componentes* de un fenómeno complejo pueden ser más complejos que el propio fenómeno considerado a nivel de su globalidad. Por si esto fuese poco, también se olvida que no siempre existe un camino que vaya de lo simple a lo complejo, aunque sólo sea porque las propiedades de las partes no explicaron nunca las propiedades emergentes que nacen de su combinación y que pueden ser esenciales para caracterizar el fenómeno global.

El postulado de simplicidad ha conducido la psicología social hacia un cierto mecanicismo, centrando la investigación sobre los componentes moleculares de la conducta social, en detrimento de los enfoques molares, y contribuyendo así a desligarla de la realidad social, que es obviamente una realidad molar y compleja en todas sus manifestaciones.

c) El objetivismo. El conocimiento es científico en la medida en que no depende de las características de su productor. Para conseguir esta independencia ello, el investigador tiene que permanecer *fuera* del fenómeno investigado y no alterarlo mediante su intervención. Imbuída de este conocimiento, la ciencia moderna basó su éxito sobre la estricta *neutralización del observador*. Había que conocer la *ecuación personal* del observador para poder eliminar sus efectos distorsionantes, había que expulsar la subjetividad del científico para llegar a las cosas *tal y como son*. El mundo de la

ciencia era un mundo sin sujetos, como no pararon de repetirlo los maestros pensadores de la Ciencia Moderna,

Por desgracia para ellos, estos supuestos, difícilmente aplicables en ciencias sociales, se han revelado insostenibles en las propias ciencias naturales. No hay ciencia sin sujeto, y el investigador siempre forma parte del mundo que investiga. Sin embargo, el **postulado de objetividad** ha conducido a la psicología social a olvidar las determinaciones sociohistóricas de su propio quehacer, a menospreciar los efectos que su actividad tiene sobre la realidad estudiada y a descalificar los planteamientos que no asumían suficientemente el postulado de objetividad, y que se comprometían demasiado directamente con la realidad estudiada.

Probablemente habría que añadir a esta somera relación de supuestos epistemológicos nefastos para las ciencias psicológicas y sociales algunos más entre los que no podría faltar el que se refiere a la dicotomía entre hechos por una parte y valores por otra, concebidas como categorías claramente independientes, pero esta cuestión, ciertamente difícil, requeriría un espacio incompatible con el que disponemos para este trabajo.

No basta, ciertamente, con afirmar que los objetos propios de, pongamos por caso, la psicología social, son radicalmente distintos de los objetos tradicionales de las ciencias naturales, es preciso acotar algunas de esas supuestas dimensiones diferenciadoras, y lo haremos refiriéndonos a la cuestión del significado, al problema de las reglas y al tema de la complejidad.

#### a) La dimensión hermenéutica y el problema del significado

Las *cosas* del mundo natural tienen propiedades físicas y presentan reacciones ante propiedades físicas. Los *objetos* del mundo social tienen, además, propiedades semiológicas y reaccionan ante las propiedades semiológicas. Los seres sociales son a la vez productores y consumidores de unos significados sin los cuales no existirían ni ellos mismos ni las sociedades en las que conviven. En efecto, los seres sociales actúan hacia las cosas en función del significado que revisten para ellos, y es en estos procesos de atribución de

significados donde radican las condiciones de producción de las conductas sociales. El hombre es ante todo un *animal hermenéutico* y el lenguaje, instrumento hermenéutico por excelencia, desempeña un papel fundamental en la construcción y en el funcionamiento del ser social.

Considerar que la sociedad, toda sociedad, está constituida por un complejo entramado de significaciones, insistir sobre la naturaleza intrínsecamente semiológica de los objetos sociales, y afirmar que el tratamiento y la producción de significados constituyen el motor de los funcionamientos sociales, no conlleva menosprecio alguno por la importancia y los efectos del entramado material del que también están hechos tanto el ser social como los objetos sociales y la propia sociedad. Insistir sobre los aspectos hermenéuticos es afirmar simplemente que no es posible formular una explicación válida de lo social si no se toma en cuenta, y si no se da cuenta, de los significados que todo objeto social conlleva para los actores sociales.

Ferdinand de SAUSSURE sugirió en su tiempo que la *ciencia de los signos* debía ubicarse de lleno en el seno de la psicología social. No nos queda más remedio que darle toda la razón tras reconocer que el significado de las cosas nace precisamente de las interacciones sociales. Todo significado nace efectivamente de una interacción entre personas que lo instituyen como tal, ya sea porque lo construyen, literalmente, ya sea porque lo transmiten. El signo es una entidad psicosocial, de par en par, y es cierto que es en la psicología social donde yace el secreto del significado, de su génesis, de su transmisión y de su funcionamiento. En esta medida, es obvio que no puede elaborarse una teoría psicosociológica aceptable que no sea, a la vez, una *teoría de la significación* y que no de cuenta de los mecanismos generadores de sentido.

Pero el tratamiento del significado plantea una problemática que no es nada fácil, sobre todo si se mira desde la perspectiva de las ciencias naturales.

El significado no está *dado* en las cosas; como lo dijo un conocido representante del interaccionismo simbólico, los actores "seleccionan, comprueban, suspenden, reagrupan y transforman los



significados en función de la situación en la cual se encuentran y en función de la orientación que tienen sus acciones". Los significados son por lo tanto cambiantes de una situación a otra y resultan, la mayoría de las veces, de un auténtico proceso de negociación entre los diferentes actores sociales. Negociación que construye paso a paso el contenido semiológico de la interacción y que va perfilando el sentido que los actores dan a la situación. Significantes y significados no están en una relación bi-unívoca y estable. No puede haber por lo tanto una rigurosa tipología de los significados en función de los significantes y tan solo se podría elaborar una tipología *imprecisa, borrosa (Fuzzy), flexible...*

El problema que plantea el tratamiento de los significados se agudiza aún más por el hecho de que la significación no constituye una materia que pueda ser formalizada. En efecto, el significado es insegmentable, presenta una serie de connotaciones indefinidas, propias de cada caso particular, y nunca puede ser alcanzado en su exhaustividad. Los significados son *entidades relacionales* que se definen por el conjunto de relaciones que mantienen con los demás significados, tanto afines como contrarios. Ese conjunto de relaciones nunca puede ser captado en su totalidad y siempre encierra un vacío y una negatividad, en efecto, el significado se define, también, por todo lo que no es. Como dice CASTORIADIS, "toda formalización presupone, por lo contrario, que el objeto considerado haya sido vaciado previamente de cualquier significado que pudiese contener" (CASTORIADIS, C, 1978). ¿Cómo dar cuenta, desde las exigencias de las ciencias naturales, de unos objetos que son refractarios por su propia naturaleza a todo intento de formalización?

El carácter abierto, impreciso, flexible, polisémico, de los significados sociales constituye probablemente una de las condiciones de posibilidad del propio funcionamiento social. La vaguedad y la imprecisión son necesarias para que puedan articularse entre sí las acciones desarrolladas por distintos individuos, portadores de historias individuales distintas, y por lo tanto de universos semiológicos dispares. Estamos diciendo con esto que las definiciones operacionales y rigurosas, tan necesarias para las ciencias naturales, no se adecuan a la peculiar naturaleza de lo social. En ciencias sociales la solución pasa por los trabajos que se están desarrollando

mismo que decir que se trata de un objeto complicado. Es decir mucho más, y es decir esencialmente que no es analizable desde el paradigma de la simplicidad inherente al Método Científico tradicional. Para

posibilidad de la elaboración de un saber científicamente útil, según nos dicen los defensores del Método Científico tradicional.

En el campo de lo social no existen leyes, o por lo menos, las leyes solo dan cuenta de una parte muy reducida, y frecuentemente trivial, del funcionamiento de lo social. Las conductas sociales, las relaciones y las interacciones sociales obedecen, no a leyes sino a reglas, lo cual es muy distinto. Las leyes no cambian con el paso del tiempo (aunque bien es verdad que esto ya no se puede afirmar hoy en día con tanta seguridad como hace algún tiempo, es decir, antes de los últimos avances realizados por la moderna astrofísica), las reglas por lo contrario tienen un marcado carácter histórico y se modifican a través de las épocas. Las leyes valen para todos aquellos fenómenos que subsumen, independientemente de la región espacio-temporal en la que éstos se encuentran, las reglas cambian de una sociedad a otra, de una cultura a otra, y, en el seno de una misma sociedad, para un grupo social y otro. No depende de un fenómeno el que se cumpla o no la ley que lo rige, sin embargo, sí depende del agente social el que la regla se cumpla, y el grado en que se cumpla. Es claro que la relación que une un fenómeno natural con la ley que lo rige es radicalmente distinta a la relación que une un ente social con la regla que debería seguir.

La predicción, y con ella el control, de los fenómenos sociales, no puede constituir el objetivo de las ciencias sociales, desde el mismo momento en que lo social carece del suficiente determinismo para que se puedan establecer leyes. A diferencia de las ciencias naturales, las ciencias sociales, y especialmente la psicología social, no son ciencias predictivas y legaliformes, son ante todo ciencias explicativas y quizás incluso ciencias normativas.

### c) La complejidad irreductible de lo social

Decir que el objeto psicosocial es un objeto complejo no es lo mismo que decir que se trata de un objeto complicado. Es decir mucho más, y es decir esencialmente que no es analizable desde el paradigma de la simplicidad inherente al Método Científico tradicional. Para

evidenciar la complejidad de lo social, mencionaremos tan solo los siguientes aspectos: el carácter estructural de las variables sociales, la naturaleza emergente de los fenómenos sociales, la capacidad de auto determinación de los agentes sociales, los problemas de la causalidad social, el carácter negentrópico de los sistemas sociales. Dadas las limitaciones de espacio tan solo desarrollaremos lo referente al carácter estructural de las variables sociales.

Tanto si consideramos al individuo, la relación interpersonal, el grupo, o la relación intergrupala, el objeto psicosocial es siempre un objeto multideterminado, en interrelaciones múltiples, que debe considerarse a la vez como un sistema y como parte de un sistema. Esto significa que la investigación no puede proceder exclusivamente por reducción a mecanismo y procesos simples, albergando la infundada esperanza de reconstituir la complejidad de los fenómenos en base al análisis de sus componentes simples.

En este sentido, Rom HARRE ha llamado la atención sobre la diferencia entre los sistemas *paramétricos* y lo que él denomina sistemas *estructurales*. Cuando el objeto estudiado por una ciencia está compuesto por variables que pueden ser *aisladas* o separadas sin que cambie la propia naturaleza de la variable manipulada, es entonces factible recurrir a métodos experimentales y hacer descansar la *administración de la prueba* de que existe tal o cual relación funcional entre variables, sobre la base firme de la demostración experimental, replicable por cualquier investigador. Sin embargo, cuando tal *aislamiento de variables* carece de sentido porque la separación de su contexto destruye la variable o por lo menos la transmuta en *otra* variable, se cierran automáticamente ciertas vías de *administración de la prueba*. En un sistema estructural no se puede aislar un elemento para estudiarlo por separado, porque todo elemento adquiere parte de sus propiedades y de sus efectos en función del sistema de relaciones en las que está prendido. Aislarlo es, ipso facto, convertirlo en un elemento distinto del que se pretende estudiar. El objeto psicosocial no es por lo tanto enteramente dilucidable por procedimientos experimentales, y requiere un enfoque *ecológico* que respete su integridad relacional.

Hasta aquí, hemos ofrecido consideraciones sobre las peculiaridades de los objetos psicológicos y sociales, acompañándolas de algunas puntualizaciones sobre ciertos dogmas de la epistemología heredada, que han esterilizado el quehacer científico en el campo de las ciencias psicológicas y sociales. Nos parece que esto constituye un botón de muestra suficiente para urgir una reflexión epistemológica profunda, capaz de infundir un nuevo dinamismo a nuestras ciencias.

Tomás IBANEZ

Área de Psicología Social, Sección de Psicología  
Universidad Autónoma de Barcelona,